

POLÍTICA EXTERIOR DE ISRAEL

MORDEKHAI SHNEERSON
Embajador de Israel en México

EL ESTADO DE ISRAEL acaba de celebrar el décimotercer aniversario de su independencia política, no obstante que al pueblo que lo concibió y construyó le llevó milenios de historia, de tradición cultural y religiosa. Hay una tendencia frecuente de considerar a Israel como resultado de un milagro. Algunos atribuyen este extraño y raro fenómeno del regreso de un pueblo a su tierra ancestral después de miles de años de exilio a los impenetrables caminos de la Providencia, a una promesa dada por Dios y expresada en las Sagradas Escrituras. Es cierto que la Biblia, que ha llegado a ser una fuerza viva en la conciencia del pueblo judío, ha ejercido una profunda influencia en su renacimiento nacional, pero nada hubiera sido logrado si la promesa del cielo y el verbo de los profetas no hubieran sido ayudados por las propias realizaciones del hombre.

Otros, olvidando el pasado y efectuando un brinco a través de los siglos, encuentran el origen del nuevo estado en una amable y por sí misma importante declaración de un Ministro de Relaciones Exteriores Británico, o en una decisión votada en las Naciones Unidas. Es verdad desde un punto de vista formal y me encuentro lejos de menospreciar esos documentos o negar su importancia legal o internacional. Pero atribuir a ellos valor trascendental, ver en ellos la fuente profunda, la verdadera base del renacimiento nacional judío, sería prueba de un punto de vista estrecho y erróneo.

La verdad es que el estado de Israel es el fruto de una creación nacional genuina y auténtica, el resultado de un movimiento de renacimiento nacional que tiene profundas raíces en la historia y en la conciencia de los judíos. Israel no es ni un milagro, ni un extraño y anormal fenómeno que no puede ser concebido en normas humanas o explicado en tér-

minos históricos conocidos por la evolución política de otras naciones. Aunque diferente en sus orígenes y desarrollo es el final de un proceso que puede ser situado dentro del alcance y en el marco del despertar del nacionalismo en Europa en el siglo XIX.

En vista de que no creo que sea posible o justificado divorciar la política exterior de cualquier país de las corrientes más profundas de su sentimiento nacional y sus aspiraciones, y que sería fáctil e infructuoso tratar de definir las tendencias generales de las relaciones exteriores *in vacuo*, sin relacionarlas a sus más recónditos esfuerzos, espíritu y propósito, tendré que dedicar por lo menos algunas palabras a estas características especiales de Israel, que son los móviles profundos de su política exterior.

Israel ha sembrado sus raíces en el Oriente Medio, una región que desde el punto de vista político, social y económico se encuentra en medio de una transformación revolucionaria que está cambiando su fisonomía secular. Arrastrada de un extremo al otro por los aires violentos de un nacionalismo joven y agresivo, el Medio Oriente ve desmoronarse sus viejas estructuras económicas y sus tradiciones sociales sin que las reemplacen nuevas formas. El pasado ha perdido su encanto y atractivos, ya no responde más a los desafíos de la vida moderna, pero el futuro está todavía envuelto en la incertidumbre. Ciertamente es que la élite intelectual, la gente joven que ha sido entrenada y educada en las escuelas y universidades de Europa y Norteamérica han sido testigos de las realizaciones y del desarrollo de las sociedades modernas y se han comprometido con el deseo de elevar a sus propios países del estancamiento del pasado. Pero cómo, por qué medios, a través de qué procesos, esto es algo que los líderes, los guías espirituales de estos pueblos no han visto claro, ni ellos mismos, ni lo han hecho ver a las masas. La ignorancia, la miseria, las enfermedades están todavía ahí y la conciencia de su incapacidad hasta el momento de promover rápidos cambios, de librarse de los azotes que han plagado al Cercano Oriente durante centurias, provoca un resentimiento, una sensación de frustración en las masas y socava la estabilidad política de la región.

La situación es tanto más grave y sus consecuencias tanto más serias debido a que la lucha nacional tiene lugar en una región cuya importancia estratégica es primordial.

Por su situación geográfica, el Cercano Oriente —encrucijada de tres continentes—, centro de comunicaciones aéreas, terrestres y marítimas, flanco sudoriental de la Europa Occidental y vecino cercano de la gran masa continental de la Unión Soviética es, sin duda alguna, uno de los puntos más vulnerables del globo y recientemente ha llegado a ser un premio de contienda en la lucha política de los dos bloques en competencia.

Es en este tumulto, en medio de este engranaje de intereses en conflicto, donde se ha establecido el estado de Israel, y es, por lo tanto, obvio que los problemas esenciales, básicos de nuestra política exterior están relacionados a la situación imperante en el Medio Oriente y que sus metas y propósitos están dirigidos a crear las condiciones operantes que le permitirán una integración completa y pacífica en la región.

Por lo tanto, trataré en la segunda parte más tarde este aspecto fundamental de nuestra política exterior.

Ahora bien, ¿cuáles son, a mi manera de ver, las peculiaridades que definen y diferencian el movimiento de renacimiento nacional judío a las cuales me referí anteriormente?

En primer lugar, el hecho de que en sus principios el renacimiento nacional hebreo estuvo situado fuera de las fronteras del estado, mientras que para cualquier otro pueblo el problema de su independencia cuando estaba sometido a un yugo extranjero consistía en liberarse de las cadenas opresoras y que esta libertad nacional era como el toque final. El proceso para el pueblo judío era a la inversa. Fue necesario primeramente traer al pueblo a su tierra ancestral, colocar las bases y construir empeñosamente el país antes de lograr su independencia.

Comprendo que es difícil para un no israelí captar o comprender una evolución tan diferente a la de las demás naciones. En Israel, la formación del campesino, del técnico y del soldado precedió a la del ministro o la del embajador.

He aquí un pueblo —parafraseando a Pascal— cuya cir-

cunferencia está por doquier y cuyo cono no está en ningún lado, y cuyas aspiraciones para asumir su propio destino y para dar expresión original a su cultura no puede realizarse sin lograr primero construir una sociedad normal, asegurar condiciones de una existencia propia, moldeada y defendida por él mismo, en otras palabras, fundar y construir una patria.

La consecuencia de este hecho es que el estado de Israel no pudo limitar sus metas a los judíos que se encontraban ya en el país; tenía que dar la posibilidad a los judíos que han sufrido persecuciones, discriminaciones, de encontrar al fin abrigo seguro, un final a sus peregrinaciones.

Otro aspecto que es característico del Israel moderno es su lucha contra una naturaleza estéril, cruel e inexorable. El renacimiento nacional judío tuvo dos tareas esenciales por realizar: infundir un nuevo espíritu a la gente y revivir y hacer fructificar la tierra. Centurias de abandono, métodos de explotación que databan de los tiempos medievales empobrecieron el suelo, destruyeron los bosques, dejando los desiertos intactos y los pantanos sin secar. La tierra en donde la leche y la miel fluían llegó a ser uno de los más pobres e insalubres rincones del Imperio otomano. Para asentar a los nuevos inmigrantes, para encontrarles fuentes de trabajo, para convertirlos en una moderna y próspera comunidad y para asegurarles un nivel de vida normal, fue necesario declarar una guerra sin cuartel a esa esterilidad y a esa desolación. Fue, y todavía lo es, un desafío al que hay que hacer frente si no se quiere que toda la obra sea condenada a la futilidad y al fracaso. Debía hacerse retroceder el desierto; los pantanos debían ser secados; nuevas industrias deberían ser construidas y desarrolladas nuevas fuentes de trabajo; nuevas formas de explotación y de organización agrícola debían ser planeadas. Y entonces todas las fuerzas vitales de la nación, todas sus energías y todo el caudal de inventiva y de ingenio fueron dirigidos hacia esta formidable tarea.

Es verdad que una sustancial ayuda financiera llegaba del extranjero, pero ninguna cantidad de dólares o libras hubiera logrado el resultado esperado si la gente no estuviera dispuesta a enfrentarse al duro trabajo y al sacrificio; si no existiera

necesidades en el campo de las relaciones comerciales de Israel. A pesar de ser un pequeño país de dos millones doscientos mil habitantes, compramos anualmente en los mercados extranjeros mercancías por valor de 700 millones de dólares. Nuestra propia producción, tanto industrial como agrícola, aumenta de año en año; es, por lo tanto, indispensable encontrar nuevos mercados para esta producción, al mismo tiempo que necesitamos extender y diversificar nuestras fuentes de abastecimiento. Ya desde el punto de vista material, político o espiritual tiene Israel un interés primordial de establecer relaciones, lo más amistosas posibles, con todas las naciones, tanto antiguas como nuevas, para un intercambio mutuamente provechoso. Y se puede entonces afirmar, sin duda alguna, que Israel, quizás más que cualquier otro estado, desea una coexistencia pacífica y un mejor entendimiento entre las naciones.

Esto nos conduce al muy importante tema de nuestras relaciones con los jóvenes estados independientes de Asia y África. El despertar de estos dos continentes, ricos en cultura y tradición, llenos de un vigor joven y de energía, encauzados a una nueva vida de independencia y libertad, ha tenido ya un tremendo impacto en el mundo actual y está encaminado a tener una influencia aún más grande en el futuro. Es uno de los procesos revolucionarios más decisivos del siglo xx, o el más decisivo, que puede cambiar la fisonomía social y política del mundo tal como lo conocíamos.

El colonialismo vivió su vida y está desapareciendo para no levantarse más. Ya ha pasado la época en la que el concierto de las naciones estaba integrado por algunos pueblos de Europa y América.

Los pueblos de África y de Asia, oprimidos durante siglos, se han alzado a la arena internacional y ocuparán ahí lugares de honor.

Israel, producto él mismo de un largo padecimiento provocado por la discriminación racial y la persecución, tiene una profunda comprensión hacia la lucha de los pueblos de Asia y África, hacia su liberación e independencia y hacia su esfuerzo por romper las cadenas del pasado y encauzar a sus países por el camino del progreso.

Para los pueblos que han vivido bajo el dominio colonial, la independencia es un fin en sí mismo; pero una vez lograda encuentran que es sólo el principio de las más duras pruebas que se encontrarán en el camino. ¿Puede el joven inexperto estado mantener la cohesión una vez que el mandatario extranjero se ha ido? ¿Cómo, por qué medios y con qué prontitud pueden los pueblos librarse de la miseria, de la ignorancia y de la enfermedad? Ya que, de no hacerlo, la independencia política no es sino una cáscara vacía.

Todas ellas tienen la grave preocupación de convertir su recién ganada soberanía política en real y válida, consiguiendo la independencia económica y elevando el nivel de vida de las masas. Israel puede ofrecer una contribución, por pequeña que sea, a la solución de estos problemas. En la experiencia israelí podrían ellas encontrar algunas respuestas a cuestiones tan vitales como: qué formas de planeación agrícola y organización cooperativa son las más apropiadas para un país con recursos limitados; qué métodos de industrialización aplicar a una economía subdesarrollada; cómo en una sociedad libre organizar sin fuerzas coercitivas las masas laborales de la nación.

Aunque Israel es un país pequeño y pobre tiene una valiosa reserva de experiencia y conocimientos prácticos, tal como generalmente se encuentra en países poderosos y más altamente desarrollados. Este conocimiento, estas experiencias las ofrecemos libremente, poniéndolas con la mejor voluntad a la disposición de los nuevos estados soberanos de Asia y África.

Nos damos plenamente cuenta de la enormidad, de la complejidad y de la dificultad de los problemas a los que se enfrentan estos pueblos —y bien sabemos cuán limitados son nuestros recursos, cuán escasos nuestros medios—; por lo tanto, nos acercamos a esta cuestión con debida modestia y no pretendemos aseverar que estamos capacitados para resolver todos estos problemas, ni ofrecer una panacea para todos los males. Lo que es más, no tomamos la pose de guías y maestros dando un consejo infalible desde las alturas del Olimpo. Nuestra contribución es por fuerza relativamente pequeña,

pero la experiencia que hemos ganado estamos dispuestos a compartirla en un pie de igualdad y de esfuerzo común.

Y es así que en los últimos siete años hemos establecido relaciones cercanas y amistosas con la mayoría de los jóvenes estados en Asia Sudoriental y África Occidental y Central. Estas relaciones han encontrado expresión cada vez mayor en varios campos del esfuerzo económico y cultural, asumiendo tres formas.

Primera: Israel ha puesto a disposición de los gobiernos de estos países los servicios de técnicos, científicos y especialistas en varios campos de actividad. Para dar unos cuantos ejemplos típicos basta señalar que Birmania ha invitado alrededor de 70 técnicos israelíes ingenieros, expertos en la planeación de ciudades, técnicos agrícolas, personal para mantenimiento de aviones y algunos otros. Catedráticos israelíes dan clase en el Colegio Tecnológico de Ghana, mientras que otros expertos ayudan en la sanidad pública, en servicios estadísticos, financieros y agrícolas. Lo mismo puede decirse de otros países, como Nigeria, Liberia, Senegal, Mali, Vietnam del Sur, etcétera.

La segunda forma de esta cooperación ha sido la preparación en Israel de estudiantes asiáticos y africanos, así como de empleados al servicio de sus gobiernos. El número total de personas que han sido preparadas alcanza varios cientos, habiendo sido organizados para ellos diversos seminarios y cursos especiales sobre diferentes campos de labor económica y social.

La tercera ha sido la fundación de empresas comunes, como por ejemplo, la empresa marítima conjunta en Ghana, o la Compañía Nacional Ghanense de Construcción, fundada en cooperación con una compañía israelí. El principio fundamental de estas empresas conjuntas es que la mayoría de las acciones pertenecen a los socios locales, con libertad de redimir en cualquier momento la parte israelí y cuyo objeto principal es el de entrenar al personal local para que gradualmente se haga cargo de las funciones de los técnicos facilitados por las compañías israelíes.

A pesar de las diferencias sociales y culturales, Israel puede servir como una "planta piloto", como un ejemplo instructivo

del arte de resolver con pocos recursos grandes problemas. La asociación con Israel no expone a los recién emancipados estados al riesgo de caer bajo el gobierno de una gran potencia, y sus pequeñas dimensiones lo hacen para ellos más familiar. Necesitan los conocimientos técnicos especializados que se pueden encontrar generalmente en los estados altamente desarrollados, pero los necesitan traducidos a una escala menor y más accesible. Más aún, Israel es una comunidad intensamente democrática que ha demostrado que los problemas técnicos y sociales pueden ser resueltos sin sacrificar la libertad personal y la independencia política.

Para que no parezca que es una interpretación dada por nosotros, quisiera citar dos opiniones de representantes de aquellos países, una que es la del Director del Departamento de Obras Públicas de Vietnam del Sur y la otra de un oficial senegalés de alto rango.

Durante una entrevista, el funcionario vietnamés dijo lo siguiente: "Pasé dos meses en los Estados Unidos en una gira de estudio, visité muchas ciudades y, al finalizar, me preguntaron qué pensaba yo de los Estados Unidos y contesté que era maravilloso, fabuloso, fantástico. Entonces me preguntaron qué era lo que yo había aprendido y les dije: nada. Ve usted, Estados Unidos es demasiado grande para nosotros. El proyecto más pequeño que vi costaba millones. Israel está más cercano a los problemas que tratamos de resolver."

Y el oficial senegalés expresó:

"Naturalmente que muchos de nosotros nos sentimos muy impresionados por el experimento soviético. Es un camino muy tentador para una modernización rápida de los países subdesarrollados, pero no podemos aceptar los métodos coercitivos que los acompañan... la mayoría de nosotros estamos ansiosos de conservar los principios básicos de la sociedad democrática. En Israel vemos a toda una nación trabajando intensamente por las mismas metas y bajo un sistema democrático de gobierno."

Sin embargo, nuestros vecinos árabes en su propaganda tratan de presentar a Israel como "un agente del imperialismo", "un instrumento del colonialismo" y otros epítetos pare-

cidos. En este siglo esclarecido el lanzar injurias puede ser una potente arma política y un eficiente método de propaganda. Lo concedo. Pero si deseamos elevarnos por sobre el nivel de la propaganda tendenciosa, de afirmaciones engañosas sin base alguna, y si examinamos serenamente los hechos, la completa falsedad y estupidez de estas acusaciones son obvias.

Israel nunca ha estado envuelto en empresas colonialistas, ni en la explotación de otros países. No alienta ni persigue ningún plan expansionista, ya sea político o económico en Asia o África. No nos inmiscuimos en sus asuntos internos, ni tratamos de imponerles ningún sistema de gobierno, ninguna filosofía política. Tampoco servimos de pantalla para las ambiciones de otros, y es precisamente porque no existe en las relaciones entre Israel y los nuevos estados un peligro de tal naturaleza, que ellos pueden acercarse a nosotros, aprovechar de nuestra experiencia y trabajar en conjunto sin temor y sin sospecha.

Después de todo, no es en los escritos del Primer Ministro de Israel, David Ben Gurión, donde se encuentran conceptos tan inquietantes como los que cito a continuación tomados de un libro tan bien conocido e intitulado: *La filosofía de la revolución*.

“Si cualquier persona me dice que el lugar para mí significa esta capital en donde vivimos, difiero de él, y si alguien me dice que el lugar para nosotros significa las fronteras políticas de nuestro país, también difiero...”

“Si consideramos el segundo círculo —el continente africano— no podemos permanecer apartados del terrible conflicto sanguinario que continúa existiendo en la actualidad entre cinco millones de blancos y doscientos millones de africanos. No podemos hacerlo por una importante razón: estamos en África. Los pueblos de África continuarán buscándonos a nosotros, que guardamos su puerta al norte y que constituimos su lazo con el mundo exterior.”

Israel no sufre de tal megalomanía, nosotros no abrigamos plan tan gradioso y no nos consideramos ni los guardianes ni los guías de los pueblos africanos. Extendemos nuestra mano hacia ellos en son de amistad, porque deseamos su amistad,

ofreciéndoles la nuestra sin ningunos hilos políticos o económicos.

Y no es porque Israel, a través de su propia experiencia original, puede mostrar un camino de desarrollo y organización diferente a las fórmulas pseudouniversales, pregonadas por ciertos estados, que se nos pueda acusar de colonialistas. En este caso particular podríamos preguntar con razón a qué pie se acomoda mejor el zapato del colonialismo.

Habiendo tratado el aspecto de las relaciones de Israel con los nuevos países de Asia y África, no puedo pasar en silencio en esta oportunidad la cuestión de nuestros vínculos de amistad con los países de América Latina en general y con México en particular.

La situación de la América Latina no es comparable con la de África y Asia. No sería justo el llamar a los países de este continente subdesarrollados; los problemas a que se enfrentan son de otra índole.

Israel puede aprender mucho de los métodos y de la experiencia de países como México, Brasil, Argentina y algunos otros, que en las últimas décadas han alcanzado progresos estupendos en el desarrollo de su industria y de su economía.

En algunos ramos pensamos que los alcances de Israel pueden ser de interés en estos países y, por lo tanto, existe la base para un intercambio de ideas y conocimientos que pueden ser provechosos para ambas partes.

Mencioné hace unos momentos el volumen de las compras efectuadas por Israel anualmente en los mercados extranjeros y estoy convencido que podemos encontrar en América Latina fuentes de abastecimiento: en materias primas, en productos manufacturados que Israel puede comprar en grandes cantidades.

No queda excluida la posibilidad de exportar a estas naciones cierta cantidad de productos israelíes.

Otra fase de la actividad que tiene para nosotros un valor especial es la del intercambio cultural.

Israel es una amalgama de hombres y mujeres que han llegado de numerosos países, hablando idiomas distintos y conservando las tradiciones culturales que han absorbido en

sus países de origen. Con todo el esfuerzo que se hace para integrarlos en el renacimiento cultural hebreo, no queremos perder el contacto que siempre se ha mantenido con los tesoros espirituales y culturales de otras naciones.

Desearnos enriquecer nuestra vida con todo lo mejor, lo más elevado que han creado otras civilizaciones en el campo artístico, moral y científico, y es por ello que damos especial importancia al intercambio cultural.

La América Latina, y particularmente México, es una de esas fuentes de inspiración. No escatimaremos por ello esfuerzo alguno para estrechar más aún los lazos de amistad existentes y ampliar los horizontes para un mayor conocimiento y una mejor comprensión.

Llego ahora a la cuestión, importante por cierto, de nuestras relaciones con los vecinos países árabes, o mejor dicho, a las posibilidades que vemos de poner fin al presente conflicto y de establecer relaciones pacíficas y amistosas de coexistencia entre ellos y nosotros.

Ya he dicho al empezar estas líneas que el Medio Oriente se encuentra en nuestros días en una fase de transformaciones nacionales revolucionarias; seré el último en menospreciar la fuerza, el valor histórico y moral del despertar del nacionalismo árabe. Es natural que estos pueblos de un pasado glorioso, de una civilización original, aspiren como todos los demás a liberarse de la tutela extranjera que tanto tiempo ha pesado sobre ellos, para llegar finalmente a una independencia política, económica y cultural. No hay ninguna razón por la cual el Medio Oriente se escape a la ola que invade a todos los demás continentes.

Pero es también verdad que sobre el análisis que se hace de este movimiento, por así llamados expertos, se han injertado algunas ideas erróneas que no están apuntadas en ningún hecho; es así que nos presentan el Cercano Oriente como una región puramente árabe. Nada está más lejos de la verdad. Esta área es un mosaico de Estados, nacionalidades, religiones, minorías, que no pueden ser llamadas árabes por más esfuerzos de la lógica o de la imaginación. Están por ejemplo Turquía e Irán, estados musulmanes, pero no árabes; está la

cristiana Etiopía, está la Israel hebrea. Hablar por lo tanto de la religión que se extiende del Atlántico hasta el Golfo Pérsico como el dominio de la nación árabe es meramente una metáfora. Dentro del propio mundo árabe hay un caleidoscopio de minorías raciales y religiosas, las cuales no constituyen un factor de unidad. Los curdos en Iraq (4 millones), los alaouitas en Siria, los drusos, los armenios, las comunidades cristianas y las sectas musulmanas disidentes. El hecho es que el Medio Oriente nunca ha sido, y no lo es tampoco ahora, una zona árabe uniforme y homogénea.

Mi segunda observación se refiere a la opinión expresada por los mismos así llamados expertos, que vieron en Israel la fuente de todas las dificultades de esa región y la nota discordante en la pretendida armonía del Cercano Oriente.

Para probar la falsedad de este punto de vista basta recordar los conflictos que se sucedieron en los últimos cinco años en esta región y que la mantuvieron en un constante estado de agitación y tensión. La hostilidad entre El Cairo y Bagdad, los disturbios en Líbano y Jordania, las tirantes relaciones entre Egipto y Túnez, en todo esto Israel no tuvo participación alguna.

Sin embargo, las condiciones de la vida económica moderna, el desarrollo prodigioso de las vías de comunicación, obligan a los estados a agruparse en conjuntos más amplios. Estamos asistiendo a fenómenos similares en Europa y en América Latina y no hay ninguna razón válida para que el Cercano Oriente esté fuera de esta tendencia ineludible.

En este sentido, el idioma común, la religión, la tradición histórica son factores unificadores, pero deducir de estas premisas que la unidad árabe puede ser impuesta a los diversos estados, o que todo el Oriente Medio con su textura multinacional, multidiomática, multirreligiosa, puede o debe rendirse a la hegemonía de un solo estado árabe o a un líder, es una idea irrealizable, llena de peligros, tanto para la estabilidad y la paz de esta región como del mundo entero.

Esta tendencia a una cooperación regional debe ser el resultado de un lento desarrollo natural basado en el respeto a la soberanía e independencia de las diversas unidades nacio-

nales que integran la región. Mientras que persista la política de tratar de poner en vigor tal unidad bajo la égida de un solo estado, ya sea por intervención directa o por agresión indirecta y subversión, con un desprecio abosluto por los derechos soberanos de otras naciones, no puede haber paz o estabilidad en el Oriente Medio. Hemos conocido en la historia otros ejemplos de intentos de unificación por la fuerza, ya sea *manu militari* o por medio de estratagemas políticas, pero todos ellos han fracasado, y donde hombres y naciones más poderosos han fallado, no hay razón para pensar que un líder más débil y menos capaz pueda tener éxito.

Los principios de autodeterminación y no intervención en los asuntos internos de otros países, son las únicas bases sobre las cuales puede construirse una sana y firme política progresista, ya sea en el Medio Oriente o en cualquier otra región del mundo. Israel es parte inseparable de esa área. No es un intruso: es un trozo que estuvo incrustado en el gran bloque del Antiguo Oriente. Es una realidad viviente, firmemente enclavada en su suelo.

Estimamos entonces que cualquier política equilibrada y razonable debe tomar en cuenta la fuerza y el lugar de Israel en la región. El verdadero problema no reside en este conflicto absurdo entre nosotros y nuestros vecinos. El mundo árabe sufre hoy como ayer, de un mal profundo, de un complejo que resulta entre la antinomia que existe entre las formas sociales, las estructuras económicas, casi feudales, y el deseo sordo de las masas de abrirse horizontes más vastos, de una mayor producción y de un progreso a la medida del siglo xx.

Es en esta contradicción entre las aspiraciones y las posibilidades de satisfacerlas, entre la meta y sus realizaciones, donde hay que buscar las raíces de la inestabilidad. Hecho el diagnóstico, el remedio es claro. Hay que ayudar a estos pueblos a salir de la ignorancia, a elevar su nivel de vida, asegurarles un mínimo de educación compatible con la dignidad del hombre y las necesidades de la vida moderna.

En tal empresa, Israel, que en los últimos trece años se ha esforzado por construir una sociedad estable y progresista,

puede dar una contribución nada despreciable. Queremos y necesitamos la paz con nuestros vecinos, pero pensamos que también es una necesidad para ellos, por más renuentes que estén a admitirlo. Significaría el final de la carrera armamentista, ruinoso y sin sentido que obliga a ambas partes a dilapidar sus limitados recursos en armamentos modernos que necesitan ser reemplazados constantemente. Reestablecería la libertad de comunicación a través del Medio Oriente. Abriría el mercado israelí a los productos árabes. Una vez establecida la paz y una vez disipados los oscuros nubarrones de la mutua desconfianza y de la desastrosa rivalidad, se estaría en libertad de utilizar todos los recursos y todas las energías para resolver los problemas esenciales tanto económicos como sociales y culturales de nuestra región. Pero para que todo esto sea posible, para alcanzar tales metas, los estados árabes deben aceptar el hecho de que Israel existe, deben entender que no puede ser ignorado o puesto a un lado. La política de ignorar la existencia de Israel está completamente alejada de la realidad y es una fuente de tensión e inestabilidad.

Desafortunadamente por el momento, los árabes han escogido el camino del conflicto, y mientras no cambien su política y persista la amenaza, Israel tendrá que movilizar todas sus energías y consagrar sus esfuerzos para ser lo suficientemente fuerte y desanimar cualquier agresión posible. Nuestro propósito es la paz y nuestra esperanza más profunda estriba en que no está ya lejano el día en que entre nosotros y nuestros vecinos prevalezcan relaciones normales y amistosas. No estamos pidiendo nada y no estamos ambicionando nada que les pertenezca; tampoco puede esperarse que cedamos a las amenazas y que sacrifiquemos nuestro interés vital.

Pero esto no significa que nos crucemos de brazos. En numerosas ocasiones Israel ha instado para que los acuerdos de armisticio sean puestos en ejecución concluyendo en un tratado de paz, y aun si no les parecía a los estados árabes el aceptar un arreglo inmediato de paz, les hemos ofrecido empezar negociaciones directas con el fin de tratar de encontrar soluciones a algunos de los problemas que existen entre nosotros. Sugerimos un acuerdo general de desarme supervisado

por un control internacional; sin embargo, a todas estas iniciativas se nos ha contestado con una negativa categórica. Con todo, no desesperamos en nuestros anhelos de que haya paz y concordia en el Medio Oriente y estamos convencidos que un día no lejano podrá construirse un puente para la paz.

El hecho de que la región ha llegado a ser una de las arenas en donde se enfrentan los dos bloques en competencia no hace la tarea más fácil. Solamente si las tensiones y conflictos nacidos de la guerra fría disminuyen, solamente si el abismo que en la actualidad separa a Oriente y Occidente se acorta, habrán madurado las condiciones para una paz completa y duradera entre árabes y judíos. Sabemos que el pequeño estado de Israel no puede tener gran influencia en eventos de alcance mundial, pero el conocimiento de nuestras limitaciones no disminuye nuestro vital interés por la paz y la coexistencia pacífica. Estamos viviendo en un mundo en donde los *slogans* políticos tienen un peso considerable. Las naciones son fácilmente marcadas hoy en día como "imperialistas" o "neutralistas", "comprometidas y no comprometidas", y resulta difícil a veces saber sobre qué hechos se basan estas fórmulas, qué actos concretos las respaldan. Parece darle la impresión de ser un ejemplo del *double talk* descrito por George Orwell en su famoso libro, y tiene uno la impresión de que ser clasificado en esta o en aquella categoría depende enteramente del calificativo que a la otra parte le convenga enunciar. Si uno busca un criterio objetivo y se basa en el sentido exacto de las palabras, debería definir a Israel como un país neutral. No pertenecemos ni a una ni a otra de las organizaciones militares de defensa de las potencias en conflicto. No tenemos pactos o acuerdos militares con ninguna de ellas; no hay bases militares, ya sea de Oriente o de Occidente, establecidas en nuestro territorio, y estamos vitalmente interesados, como creo haber demostrado, en la disminución de las tensiones existentes y en fomentar la paz y el entendimiento internacional.

Esto, por supuesto, no significa que en la contienda ideológica adoptemos una pasiva actitud de avestruz. Educados y formados en los ideales de la libertad y el libre albedrío del individuo, en los principios de la democracia y esforzados en

alcanzar una sociedad libre basada en las ideas de la justicia social y de la dignidad del hombre, Israel no sacrificará ni renunciará a la esencia misma de su existencia.

A estos principios fundamentales permanecerá fiel y leal. Nuestro propósito y meta es ser los conductores de nuestro propio destino, para continuar nuestra lucha contra una naturaleza hostil y contra elementos adversos, con el fin de que una sociedad libre, aunque pequeña, pueda vivir en paz, prosperidad y justicia, brindando amistad a todos y sin malicia hacia nadie.